Treinta y Uno

Sabrina Durini

Capítulo 1

El despertador sonó a las 6 a.m. como todos los días. Pero no era como todos los días. Empezaba una nueva vida. Ayer me había despedido de ese horrible año que pasé, comiendo chocolates y quemando todas las fotos que tenía junto a él. Me lamenté por haber dejado mi antiguo trabajo y por haberme alejado de todos por él. Pero eso ya se había terminado. Hoy cumplía treinta y un años y estaba decidida a empezar un nuevo capítulo en mi vida. Por primera vez en mucho tiempo me iba a dedicar a mí y a hacer las cosas porque quería y no por alguien más. Hoy nacía una nueva Danielle.

Como todas las mañanas me duché y desayuné apurada para llegar al trabajo en horario. Nunca me había gustado madrugar por lo que siempre me levantaba con el tiempo bastante justo. Admiraba a todas las personas que se levantaban entre una y dos horas antes de salir. Yo no podía. Amaba quedarme en la cama hasta el último segundo.

Preparé el bolso con las carpetas del trabajo y ropa deportiva. Sí, la nueva vida arrancaba con sacrificios como ir al gimnasio para descargar energía y frustraciones a través de la actividad física y no de la comida. La gravedad pronto empezaría a hacer efecto y no iba a permitirlo. Treinta y uno era un número importante. Estaba en el medio entre ser una joven responsable y un adulto. Sin llegar a serlo del todo. O eso quería creer para justificar mi comportamiento infantil sin sentirme tan ridícula.

Salí en el auto hacia la casa de Olivia para pasar a buscarla una vez más e ir juntas a trabajar. Ella fue mi primera amiga cuando entré en la editorial. Enseguida congeniamos y nos dimos cuenta que teníamos muchísimo en común. Nuestros gustos sobre libros, películas y música fue lo que nos terminó de unir definitivamente.

— ¡Feliz cumpleaños, dulce! —me dijo en cuanto subió y me abrazó empalagosamente. Lo odiaba. Y ella lo sabía. Pero era mi cumpleaños y se lo permití.

—Gracias, pero te dije que no quería regalo —me quejé mientras recibía un enorme paquete que acomodé en el asiento de atrás para abrir en la oficina.

—Lo sé. Y también dijiste que no querías fiesta, peeeeeeero… —elevó los hombros.

— ¿Te parece Oli?

—Tenemos que festejar. Es necesario festejar. Hoy nace una nueva

Danielle, ¿recuerdas? Además ya les avisé a todos —sonrió de costado.

— ¿Todos? ¿Quiénes son todos? No quiero nada descontrolado, algo íntimo —dije arrepintiéndome de haber aceptado.

—Despreocúpate, seremos pocos.

—Pocos ¿cuántos? —insistí.

—Diez, quince. En serio Dan, deja todo en mis manos. Sólo disfruta de este gran día —y sonrió enormemente.

Oli tenía dos años menos que yo. Era de altura media, menuda de cuerpo, con una larga y enrulada cabellera rubia y unos expresivos ojos color miel. Era una de las personas más alegres que había conocido, lo cual contrastaba con mi humor cambiante, pero nos entendíamos muy bien.

Vivía sola y no tenía mucha relación con su familia. Cambiaba de novio tan rápido que ya había perdido la cuenta. Era difícil mantenerla interesada. Se había graduado en Filosofía y Letras y quería hacer una Maestría en Literatura Inglesa. Tenía publicado un libro de misterio y estaba escribiendo otro. Ella fue quién me alentó a pasar en limpio una historia que venía escribiendo desde la facultad y que nunca terminaba. Quizás algún día pueda publicarla.

****

Cuando llegué a la editorial vi que mi escritorio estaba todo decorado con moños, flores y globos. Mi jefe, Aiden, me regaló un hermoso reloj y su hermano gemelo, Connor, me hizo la torta para compartir con todos mis compañeros. Olivia me regaló un hermoso sacón, las chicas de recepción me regalaron dos frascos repletos de chocolates y dulces, mis dos compañeros de asistencia, Logan y Ben, me regalaron un par de zapatillas para que estrene en mi nueva vida deportiva y Lidia, la jefa de Aiden, una pequeña bandeja con varias plantas pequeñas para el escritorio.

Estaba siendo un día de cumpleaños muy agradable. A pesar de que no me gustaba ser el centro de atención y de que era la más nueva, me sentía querida por mis amigos y compañeros. En poco más de un año habíamos creado lazos muy fuertes. Mi ruptura con el “innombrable” había sido un motivo de afianzamiento entre nosotros y agradecía eso.

— ¿Hola? —respondí el teléfono que vibró sobre el escritorio.

— ¡Feliz cumpleaños, cariño! —se escuchó a coro.

Eran mis padres.

— ¡Gracias! —contesté emocionada de escuchar sus voces.

Este año no me hizo bien tenerlos tan lejos, pero sabiendo que mi mamá era capaz de tomarse el primer avión que salía para venir a consolarme, nunca les dije lo mal que la estuve pasando. Prefería hacerles creer que estaba todo bien y que sólo los extrañaba mucho.

—Te extrañamos mucho ¿Cómo estás pasando el día? —preguntó ella algo emocionada.

—Muy bien, me llenaron de regalos y atenciones. Yo también los extraño mucho.

— ¿Te ha llamado Enzo? —soltó cómo al pasar mi padre desde lejos y escuché como mi madre lo retó.

—No decimos su nombre ¿recuerdas papá? Pero no, hace varios meses que no sé nada de él y es mejor así.

—Es verdad. Disfruta mucho tu día y no dejes que nada ni nadie te impida ser feliz.

—Gracias ma. Les mando un beso enorme a los dos y mándale saludos a todos, a la noche voy a revisar los mensajes.

—Te amamos cariño, en la semana hablamos más tranquilas, adiós —se despidió convencida de que a pesar de todo, era feliz.

Después de brindar y compartir la torta, terminé con el archivo de unos papeles y me retiré un rato antes para poder ir al gimnasio. A las 7 p.m. nos encontraríamos todos en un bar que estaba en el centro, al cual solíamos ir con Ben, Logan y Oli después de trabajar, a relajarnos y comer algo.

Ben y Logan eran los otros asistentes del sector en el que trabajaba. Ben y su novio habían sido otro gran apoyo en mi mal momento. Logan, en cambio, no supo bien cómo tratar la situación, pero a su manera siempre estuvo para mí. No era muy expresivo, pero sus pequeñas acciones me demostraron que estaba ahí si lo necesitaba.

Al salir del gimnasio, pasé por un negocio a retirar un vestido que había encargado y fui hacia mi departamento. Escuché los mensajes en la contestadora automática y leí los largos mails de saludos que habían enviado mis amigos y familiares desde mi ciudad. La distancia hacía que el

uso de la tecnología fuera más habitual. No era económica una llamada de larga distancia, así que aceptaba mensajes de texto, voz y mails, sobre todo de mis abuelos.

Todo estaba perfecto hasta que:

"Mensaje 10, recibido a las 3.45 p.m.: Hola Dan. Yo sé que hace mucho que no sabes de mí y que lo nuestro no terminó de la mejor manera, pero no quería dejar de desearte un feliz cumpleaños. Quizás hice mal en llamarte, pero necesitaba que sepas que a pesar de todo, te quiero y me arrepient…"

De un golpe apagué la máquina. No quería seguir escuchando. Si lo hacía, me iba a volver a deprimir y eso no lo tenía permitido. Enzo o el "innombrable", como le decíamos, estaba fuera de mi vida definitivamente y no iba a permitir que me afectara. Aunque lo hacía. Y lo sabía, pero lo estaba superando. A la fuerza y de a poco. No quería caer, no debía caer.

Respiré profundamente una, dos, tres veces, hasta calmar ese nudo que se había formado en el pecho y me duché rápido. Mientras acomodaba mi cabello y buscaba la cartera que llevaría, sonó el portero.

—Hola —respondí.

—Señorita Danielle, está la señorita Olivia esperando aquí abajo. ¿Quiere que la haga subir?

—Sí, Mario. Gracias.

—Enseguida Señorita.

Dejé la puerta sin traba y fui a ponerme el vestido y los zapatos. Me había comprado un vestido color negro, clásico, con escote cuadrado y con falda debajo de la rodilla. El ajuste era sutil, para marcar un poco la figura. Era muy lindo y cómodo. Mientras acomodaba un poco mi cabello con una hebilla, Oli entró al cuarto.

—Qué linda estás, dulce —me dijo sonriente.

Hacía bastante tiempo que no salíamos y me arreglaba. Salvo para los after office. Todo este asunto del "innombrable" fue el culpable de mi reclusión, pero eso era parte del pasado. Me había prometido una nueva vida.

—Gracias. Tú también estás muy bella, amiga —dije y dio una vuelta para que pudiera apreciar su vestido.

—Ben está esperándonos en el auto, hoy es el conductor designado —dijo guiñando un ojo.

—Entonces, será mejor que me apure —dije y me ayudó con el maquillaje y los últimos retoques. Una vez lista, tomé un saco, la cartera y bajamos.

— ¡Vamos, vamos que empieza la fiesta sin nosotros! —nos apuró Benjamín.

Llegamos al bar y ya nos estaban esperando. De a poco fue llegando el resto. Éramos unos doce. Olivia tenía reservado uno de los rincones con sillones que Derek le había ofrecido y ahí nos juntamos todos. Empezamos con un brindis y después los tragos no dejaban de llegar. Casi no comimos, pero habíamos arrasado con el alcohol que nos traían.

— ¿Cómo lo estás pasando? —preguntó Connor acercándose.

Él era el gemelo de mi jefe y, desde hacía un tiempo, un gran amigo. Fue uno de los pocos extraños a los que le conté mi drama y siempre estuvo para ayudarme. Nos conocimos cuando yo estaba atravesando mi separación y él se había mudado con su hermano para superar también una ruptura. Mi jefe tuvo la gran idea de invitarme a cenar creyendo que generaríamos empatía y nos ayudaríamos. Y así fue. Nunca estuvo más acertado y se lo agradezco cada día.

—Genial —le dije sonriendo bobamente, algo que no podía evitar.

—Me encanta verte así. Feliz, sonriente. La nueva Danielle me cae muy bien —dijo abrazándome.

—A mí también —respondí devolviendo el abrazo casi sin molestarme.

—Espero verla más seguido —dijo mientras iba hacia la barra a buscar más bebidas.

****

Todo era risas, gritos, anécdotas y baile. La estaba pasando demasiado bien y estaba feliz. Era lo que estaba necesitando y debía agradecérselo a Olivia, por no permitir que me negara a esta fiesta.

Las rondas de tragos seguían y nadie recordaba que al otro día debíamos trabajar, hasta que mi jefe decidió que era hora de irse.

—Cariño, nosotros nos retiramos. Ya estamos viejos para trasnochar tanto —me dijo Aiden secundado por Connor.

— ¿Viejos? Por favor —adulé sonriendo—. Gracias por venir, fue el mejor cumpleaños en mucho tiempo —dije y me dejó con Connor mientras iba a buscar los abrigos.

—Me alegro enormemente que estés feliz, espero que este sea uno de muchos festejos juntos. Mereces ser feliz Danielle, no olvides eso.

—No lo voy a olvidar, gracias. Tú tampoco olvides ser feliz —dije luego de abrazarlo fuerte. Me quedé mirando cómo se retiraban para después volver con el grupo.

Me senté al lado de Benjamín, me apoyé en su hombro y suspiré.

— ¿Estás bien? —me preguntó.

—Muy bien —respondí mientras lo miraba y sonreía —Perdón que seas el conductor designado y no puedas beber —lamenté mirando el jugo de naranja que tenía en su mano.

—Descuida, no soy muy amante del alcohol durante la semana —respondió y besó mi frente.

— ¿Logan? — pregunté buscándolo con la mirada.

—Allí, bailando con Ariana —dijo señalándolo.

—Siempre le gustó Ariana.

—Sí, y creo que es recíproco el sentimiento —respondió con una sonrisa.

— ¿Por qué no ha venido Dylan? Mejor que tenga una buena excusa —reproché.

—No me hables de ese tema. Estaba furioso. Mañana al mediodía empieza el juicio a la firma esa que te conté y hoy iban a estar repasando todo hasta tarde.

—Entonces está perdonado —respondí sonriendo.

Sabía lo responsable que era Dylan en su trabajo.

****

Después de hablar un rato, me paré para ir al baño y pasé por donde estaba mi amiga, muy entretenida, hablando con un chico que se le acercó.

—Voy al baño —le susurré al oído.

— ¿Quieres que te acompañe? —preguntó.

—No, no, sólo te avisaba para que no creas que me fugué —respondí y tratando de caminar lo más derecha posible, me dirigí al subsuelo.

El bar estaba atestado de gente y era difícil no chocarse con alguien. Bueno, los zapatos altos y el alcohol también eran un poco culpables de ello, pero no me importaba. Era una de las noches más felices en mucho tiempo y tenía todo permitido.

El baño era en el subsuelo y la fila subía por la escalera, así que me ubiqué en el último lugar y le mande un Whatsapp a Oli para avisarle que iba a tardar un rato en volver. Probablemente, no se daría cuenta, los ojos de ese chico la tenían hipnotizada. Sonreí.

Pasados unos minutos, la fila aún no se movía y yo no aguantaba más. Miré de reojo la puerta del baño de hombres y no había movimiento. Entraba o salía alguien esporádicamente, por lo que tomé coraje para bajar la escalera lo más derecha posible y me metí rogando no encontrarme con nadie en paños menores. Agradeciendo la soledad del lugar, entré en uno de los cubículos tratando de hacer lo más rápido posible.

Cuando estaba por salir, la puerta se abrió y me tuve que meter nuevamente al cubículo. Entraron dos chicos que sonaban bastante jóvenes, hablando de las chicas que habían conocido en la barra. Espié por la puerta esperando a que se retiraran para poder huir sin ser descubierta. En cuanto lo hicieron, salí y me lavé las manos. Me miré al espejo y traté de retocarme el peinado que a esa altura era una maraña. Corregí el maquillaje corrido ya sin importarme si entraba alguien, y una vez lista salí apurada para juntarme con mis amigos. Abrí la puerta rápidamente y me choqué contra algo. Apreté los ojos como si así doliera menos el golpe. Cuando los abrí, vi que era un torso bastante amplio, envuelto en una camisa negra. Unas manos me tomaron por los hombros apartándome suavemente, y lentamente subí la vista hasta encontrarme con un hermoso par de ojos pardos envueltos en largas pestañas que miraban el cartel de “caballeros” de la puerta y a mí, confundidos. Me hundí de hombros y con un gesto de cabeza le señale la fila del baño de damas, que aún era interminable. Sonrió ampliamente por un instante y

se apartó hacia un lado para darme paso. Sonreí y escapé hacía dónde estaban mis amigos para seguir con la fiesta.